

Nuestro tercer libro está inspirado en la *solidaridad* como motor para la construcción de una sociedad más justa e inclusiva. Los impuestos tienen por sobre todo un componente social, una entrega individual que se transforma en un beneficio colectivo, un dar para crecer, para mejorar, para sumar.

Depositamos en los niños y niñas la esperanza de que, motivados por este valor, puedan transformar su realidad y vivan en una sociedad más responsable y participativa, inspirada en el bien común.

Equipo de Educación Tributaria- AGIP

PEQUEÑOS CUENTOS PARA GRANDES CAMBIOS 3

# PEQUEÑOS CUENTOS PARA GRANDES CAMBIOS 3



PRÓLOGO  
MARGARITA BARRIENTOS

Pequeños cuentos  
para grandes cambios 3

PEQUEÑOS CUENTOS  
PARA GRANDES  
CAMBIOS 3

AUTORIDADES DEL GOBIERNO  
DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

**Autores** | Martín Blasco | María Silva  
**Colaboración especial** | María Laura Rueda

Publicación de distribución gratuita. Prohibida su venta.

**Jefe de Gobierno** | Ing. Mauricio Macri

**Vice Jefa de Gobierno** | Lic. María Eugenia Vidal

**Administrador Gubernamental de Ingresos Públicos** | Lic. Carlos Walter

**Director General de Relaciones Institucionales** | Cdor. Demian Tujsnaider

**Directora de Relaciones con la Comunidad** | Lic. Thelma Paula Vivoni

**Departamento Cultura Fiscal** | Lic. María Soledad Amione

Administración Gubernamental de Ingresos Públicos  
Viamonte 872, Buenos Aires, Argentina

**Teléfono** (+5411) 4348 8700

**Mail** educaciontributaria@agip.gov.ar

**Web** [www.agip.gov.ar/web/educacion](http://www.agip.gov.ar/web/educacion)

**Facebook** [www.facebook.com/educaciontributaria](http://www.facebook.com/educaciontributaria)

A los chicos que tienen la oportunidad de construir una sociedad más justa, y a los grandes que los acompañan y transmiten los valores necesarios para que puedan hacerla realidad.

Equipo de Educación Tributaria AGIP

## ÍNDICE

PRÓLOGO	XIII
ASALTO VIRTUAL	15
LA INFLUENCIA DEL ARTE	21
CITA INTERGALÁCTICA	26
TANGO VS ROCK	32
FRAMBUELA	38
UN HUESO DE DINOSAURIO	44
DAMA ANTIGUA	49
LA GRAN CARRERA	54
LA IGNORANCIA DE "C"	60
LA UNIÓN HACE LA FUERZA	65

---

## PRÓLOGO

Cuando me toca reflexionar sobre ciertos valores y acciones que vemos todos los días, pienso en los libros que no tuve oportunidad de leer, ya que donde vivía cuando era niña, no habían suficientes libros, por lo que tuve que desarrollar otros sentidos, pensaba mucho, reflexionaba, escuchaba mis abuelos, leía la mirada de los animales, y con todo eso aprendía vivir.

Hoy pienso en ayudar a niños y grandes para que tengan acceso a libros, educación, alimentación y respeto, creo que el cambio en un mundo de necesidades se logra con mejorar el conocimiento, y aquí los libros juegan un papel fundamental, sin olvidar que esto se condimenta “como las comidas de mi comedor”, con amor, compromiso y la familia

Los libros muestran un mundo que esta mas allá de lo que físicamente nos rodea, despiertan sentimientos, nos hacen llorar, reír, nos hacen más humanos.

De mi vida aprendí que debemos tener sueños y animarnos a que se concreten, animarnos a hacer algo y no importa que se nos ocurra por mas grande que sea, ese es el primer paso para lograr grandes cambios en la vida de todos.

Cuando se empieza en el camino de la solidaridad lo único que pensamos es ¿cómo podemos ayudar al otro? Y el primer paso es estar en el otro, sentir lo que siente el otro,

mirar como mira el otro, y van a encontrar un inmenso mundo de sensaciones que nos estábamos perdiendo por estar solo en nosotros mismos.

**Margarita Barrientos**

Fundadora del comedor “Los Piletos”

## ASALTO VIRTUAL

Este cuento transcurre durante un asalto en el año 2033. ¡No se asusten! No es un asalto con ladrones y “arriba las manos”. Es un baile de chicos y chicas de séptimo grado. Un asalto, por si nunca fueron a uno, es una fiesta en la que los varones llevan la bebida y las mujeres la comida. En el 2033, a pesar del paso de los años y de los avances tecnológicos, los amigos siguen reuniéndose para pasar tiempo juntos de manera similar a como lo hacían sus padres allá por el año 2010. Claro que hay algunas diferencias. La última moda es usar la consola láser de decoración para agregar un toque de fantasía y exotismo a los encuentros. Estos aparatos tienen programas que transforman las casas en diferentes lugares. Por ejemplo, Alfonso celebró su cumpleaños en un palacio árabe y Martina en el castillo del emperador azteca Moctezuma en Tenochtitlán (actual ciudad de México) con solo apretar un botón.

Desde que recibieron la invitación de Lorenzo, todos los chicos del grado se preguntaban con qué los sorprendería esta vez. Como el padre de Lorenzo trabajaba en el Distrito Tecnológico de la ciudad de Buenos Aires, siempre le llevaba a su hijo la última novedad. Y no los decepcionó. Al abrir la puerta del octavo piso “c”, encontraron una jungla verde poblada de monos, tucanes y osos hormigueros. ¡Era el nuevo programa de la consola láser de decoración 389, “selva misionera”!





Una vez que llegaron todos, empezó el baile. El primer ritmo de la noche fue el tango, la última moda entre adolescentes y preadolescentes. Alfonso y Livia, que soñaban con participar del Mundial de Tango cuando fueran más grandes, sorprendieron a todos con los nuevos pasos de 2x4 que habían aprendido. Cuando terminó el tango, todos se sacudieron al ritmo del candombe marciano y la música retro del 2010.

Después de tanto movimiento, Lorenzo y Martina decidieron sentarse en una rama (que en realidad era un sillón) a descansar un poco y charlar. Al rato, se unieron Alfonso y Livia a la conversación con un vaso de jugo de *maxtipronimelo* una deliciosa fruta que crecía en el asteroide 9876543579.

—Mañana es el aniversario de mis papás —dijo Martina— ¡Hace veinte años que se conocen!

—¿Sabés cómo se conocieron?— preguntó Livia.

—Sí, cuando mi papá le tiró espuma en la cara a mi mamá— dijo Martina.

—¿Quéeee? —exclamaron Livia, Alfonso y Lorenzo mientras pasaba una bandada de loros verdes.

—Resulta que mi papá había ido al corso de Almagro con sus sobrinitos, o sea, mis primos más grandes. Mi mamá, que estaba en primer año de la facultad, tenía un examen muy importante la semana siguiente. Como era el cumpleaños de su hermana, o sea, mi tía, había decidido ir a estudiar a un bar después de que soplaran las velitas. Cuestión que mi papá estaba disfrutando del espectáculo de la murga con sus pla-

tillos y redoblantes al mismo tiempo que jugaba a perseguir a mis primos con espuma. ¡Mi papá adora el carnaval! Ustedes vieron que parece un hombre muy serio, pero los días de carnaval es como si se transformara. ¡El próximo febrero tenemos que ir juntos a alguno de los corsos! Yo conozco casi todos. Se imaginarán por qué. Uno de mis favoritos es el del barrio de Montserrat, en la avenida Independencia.

—Martu, no te vayas por las ramas— dijo Livia, que conocía muy bien la tendencia de su amiga a cambiar de tema y no terminar nunca lo que estaba contando.

—¡Bueno, nena! Sigo contando. Justo cuando mi mamá cruzaba la avenida Medrano, mi papá, que estaba jugando como un nene, la llenó de espuma sin querer. Mi mamá casi lo mata, le dijo de todo. Mi papá asegura que fue amor a primera vista (mi mamá dice que fue odio a primera vista) y, para que lo disculpara, le propuso ayudarla a estudiar. Mi mamá le gritó que estaba completamente equivocado si pensaba que iba a aceptar. Para colmo a mi papá le agarró un ataque de risa. Ella gritaba furiosa y cada vez estaba más llena de espuma. Porque vieron como es el carnaval. Todos juegan. Los chicos, los padres, los tíos, los abuelos. Todos. Bueno, resulta que mi mamá subió a cambiarse a su casa que es la casa donde todavía viven mis abuelos. ¡Es lo más esa casa! ¿Te acordás, Lore, de un día que fuimos y mi abuela nos hizo milanesas con papas fritas?

—¡Seguí con la historia!— exclamaron los tres amigos a coro.

—Bueno, che, un poco de paciencia— pidió Martina—. Resulta que a mi papá se le ocurrió una idea genial. Le pidió a su



amigo Camilo, que era un integrante de la murga, que lo ayudara y en cinco minutos armaron un plan. Cuando mi mamá bajara, los integrantes de la murga la rodearían y Camilo le entregaría una nota escrita por mi papá que decía: por favor, discúlpame y dejame compensarte por el tiempo que te hice perder. Y así fue, mi mamá se vio rodeada por los bailarines con sus trajes brillantes, sus gorros y sus platillos y no pudo negarse. Le dijo a mi papá que fuera al bar “Las Violetas”. Mi papá llevó a Martín y Laura, mis primos, a su casa y fue a encontrarse con mi mamá. Cuando llegó y vio los libros de medicina sobre la mesa, no lo pudo creer. ¡La suerte estaba de su lado! Él estaba en tercer año de medicina. Y bueno, ¡mi mamá se sacó un 10!— contó Martina mientras acariciaba a un coatí virtual.

—¡Ay! ¡Qué romántico!— suspiró Livia.

—¡Y más romántico fue cuando cuatro años después le pidió casamiento en el mismo lugar con una canción que tocó la murga de Camilo!— agregó Martina.

Sorprendidos por tan bella historia, Lorenzo, Alfonso y Livia se dieron cuenta de que no sabían cómo se habían conocido sus padres y prometieron a sus amigos que iban a averiguarlo y se lo contarían el lunes en el cole. Justo en ese momento, a orillas del río (es decir en el pasillo), aparecieron dos yacarés bebitos. Los cuatro amigos saltaron de la rama-sillón para ir a verlos.

Y ustedes, amigos de la década del 2010, ¿saben cómo se conocieron sus papás?

## LA INFLUENCIA DEL ARTE

Con mamá y papá fuimos a la Noche de los Museos. Es una noche en la que todos los museos de la ciudad de Buenos Aires están abiertos y se puede entrar gratis. Al principio, yo no tenía muchas ganas de ir. Nada de ganas en realidad. Ni un poquito. Me gustaba lo de salir de noche, pero lo de los museos no tanto: las pocas veces que había ido a uno con mamá (a ella le encanta el arte) tuve que aguantar que se pasara media hora frente a cada pintura. Y yo no entendía para qué era necesario mirar un cuadro tanto tiempo. Para mí, si la pintura es de un hombre arriba de un caballo, listo, ahí están el hombre y el caballo, los miro y punto. Así que, cuando me dijeron que iríamos a ver museos, yo les dije que no había problema, que vayan, yo me quedaba solo en casa jugando a la compu. Se rieron un buen rato y después salimos los tres. No me toman muy en serio parece. Al primer museo que fuimos fue a uno que tenía pinturas muy antiguas, o al menos eso me pareció a mí. Mamá estaba encantada con el óleo no sé qué y el paisajismo no sé cuánto y papá la escuchaba con mucha atención o actuando una cara de atención que le salía muy bien. Yo vi un cuadro grandote muy lindo, después otro más chico muy lindo, y luego la cosa más increíble, maravillosa y extraordinaria del mundo: una chica con el pelo negro. Ya sé, las chicas con pelo negro no son algo tan raro. Tampoco tienen nada que ver con los cuadros y los museos, porque esta era una chica viva, de carne y hueso, y no estaba colgan-

do de una pared, pero fue así como me crucé con ella: vi un cuadro, después vi otro y cuando fui a girar la cabeza para ver un tercero, la vi. Y además de tener el pelo negro, era muy linda. Estaba con su mamá, que también tenía el pelo negro. Lo que más me llamó la atención de la chica es que parecía salida de uno de los cuadros del museo, como si viniera de la misma época que los señores y señoras pintados, como si hubiera cobrado vida y escapado de uno de los paisajes colgados. Hasta tenía un vestido con flores que parecía muy antiguo. Después, nena y mamá se dieron vuelta y se fueron. Yo no sabía qué hacer, quería averiguar un poco más sobre ese misterioso personaje. Como no podía decirles a mis padres que me parecía que una extraña niña de pelo negro se había escapado de uno de los cuadros del museo, lo que les dije fue:

—Hay muchos museos por ver y yo quiero verlos todos. Vamos, sigamos con otro.

Los dos me miraron un poco extrañados pero aceptaron. Por suerte, la chica de pelo negro no había ido muy lejos: caminaba una cuadra delante de nosotros tomada de la mano de su madre. Entraron a un museo que estaba a dos cuadras del anterior.

—A éste, quiero entrar a éste— dije yo cuando llegamos a la puerta.

Mamá me respondió que ese era un museo de arte moderno y que no sabía si me iba a gustar. Pero como insistí mucho, al final entramos. Rápidamente encontré a la chica con su mamá:





estaban frente a un cuadro lleno de círculos y triángulos. Me acerqué como mirando el cuadro pero en realidad la miré a ella. Y estaba distinta. En realidad no, seguía teniendo el pelo negro cayendo sobre los hombros y el vestido floreado, pero había algo completamente diferente. Ahora estaba muy moderna. Como los cuadros de ese museo. Las flores del vestido parecían ahora como pequeños triángulos y círculos de colores que se combinaban con su pelo y sus hombros rectos. Siguió pasando lo mismo toda la noche. Fuimos a tres museos más (persiguiendo a la madre y a la hija sin que mis padres se dieran cuenta) y en cada uno de ellos, la chica de pelo negro parecía siempre recién salida de algún cuadro. Si los cuadros del museo eran todos con imágenes del puerto, entonces ella parecía

recién bajada de un barco, si el museo era de imágenes del campo entonces ella parecía una campesina, y hasta se podía oler el pasto mojado en su pelo, y si estaban pintados como si se viera todo borroso entonces ella también parecía estar borrosa y vibrando.

Lamentablemente, en un momento mis padres insistieron en volver a casa porque ya estaban cansados y no pude vencerlos de quedarnos más. En el camino de vuelta, mamá me dijo que estaba muy contenta por mi entusiasmo con los museos y que podíamos volver todas las veces que yo quisiera. Y la verdad es que realmente lo disfruté.

Pero lo mejor de la Noche de los Museos ocurrió tres días después, cuando en la plaza del barrio me crucé con la chica del pelo negro. No sabía qué decirle. Para mi sorpresa, ella habló primero.

—Vos sos el chico que me seguía en la Noche de los Museos.

—¡Nada que ver!— respondí enojado.

Me dijo que se llamaba Luciana, pero que todos le decían Luqui. Y en seguida nos pusimos a jugar. Y mientras estaba con ella pude ver cada una de sus transformaciones ocurriendo al mismo tiempo: su parte clásica, su parte moderna, su parte campesina, su parte chica del puerto, y era hermosa en cada una de esas formas. Y persiguiéndola por la plaza, entendí mejor por qué a mi mamá le gustaba pasar tanto tiempo frente a los cuadros y me di cuenta de que yo también, a mi manera, ahora entendía el arte.

## CITA INTERGALÁCTICA

—Mami, ¿vos seguís viendo a tus amigos de la primaria?— preguntó una vocecita desde el asiento de atrás.

Martín estaba en el medio, entre sus hermanas mellizas Mara y Carmina que, una de cada lado, usaban sus piernas como almohadas.

—Claro, tu tía Valeria fue conmigo a la escuela—, respondió Florencia.

La tía Valeria era de esos amigos tan amigos que forman parte de la familia y están en todos los cumpleaños y fotos de familia como los tíos “verdaderos”. Martín había terminado séptimo grado hacía un mes y sentía una mezcla de expectativa y tristeza. Ansiaba conocer cómo era la escuela secundaria. ¡Iba a tener como diez profesores! Se moría de ganas de charlar con los chicos y chicas con los que compartiría los próximos cinco años, pero también lo entristecía no ver todos los días a sus compañeros de la primaria. Aunque se habían prometido que serían amigos para siempre, algo preocupaba a Martín.

—¡Despertá a tus hermanas que va a empezar la película!—, exclamó su mamá y Martín sacudió a las mellizas que pidieron “cinco minutos más”.

Ustedes estarán pensando que antes de preocuparse porque va a empezar la película Florencia tendría que haber bajado con sus hijos del auto y entrado al cine. Estarían en lo cierto



si se tratara de un cine convencional, pero este no era un cine con pasillos y butacas fijas: era el autocine del Rosedal. Ese día proyectaban una película argentina para toda la familia y era una noche hermosa de enero. Llena de estrellas y con una brisa fresca que perfumaba el ambiente con olor a rosas.

La película se trataba de un grupo de chicos que se conocían en Villa Gesell durante un verano y vivían un montón de aventuras inolvidables. Al terminar el verano, prometían encontrarse el año siguiente en la misma playa. Fascinado, Martín no pudo dejar de relacionar la película con su propia vida. ¡Parecía que hubieran elegido la película pensando en él! Apenas empezaron los títulos finales preguntó:

—Y vos, papi, ¿seguís viendo a tu mejor amigo de la primaria?

—Y... no... hace mucho que no veo a Julio Trejo— respondió melancólico Andrés, el papá de Martín.

—¿Por qué dejaste de verlo, papi?— preguntó curioso Martín.

—Cosas de la vida, Tincho— dijo su papá y encendió el motor.

¿Cosas de la vida? Cosas malas, terribles, cosas requete-recontraarchi horribles de la vida habría querido decir su papá seguramente. A él no le pasaría nunca algo así. Nunca iba a dejar de jugar al fútbol con Ariel, Iván y Fausto. Siempre seguiría hablando con Ema y Valentín de las últimas historietas que habían leído.

—¿Y a vos qué te gustaba hacer con tu amigo Julio, papi?— preguntó Martín unas cuadras antes de llegar a su casa.

—¡Ay, Martín! Fue hace tanto, ya ni me acuerdo— respondió su papá.

—Vamos, papi. No te podés haber olvidado de tus amigos— insistió Martín.

—Bueno, queríamos ser astronautas y hablábamos todo el tiempo de las estrellas y los planetas. Julio tenía un telescopio en la terraza y nos pasábamos noches enteras observando los movimientos de los astros. ¡Una vez creímos ver un ovni! Pero al final era un satélite artificial. ¡Ja! ¡Qué julepe nos pegamos! Ya nos imaginábamos capturados por los marcianos. Y éramos fanáticos de la saga de "La guerra de las galaxias". Creo que la vimos como veinte veces. Hasta escribimos juntos un guión para un nuevo episodio. Le íbamos a pedir a un

primo de Julio que vivía en Estados Unidos que lo tradujera para mandarlo a los productores...

"¡No puede ser que no sepan nada el uno del otro!", pensó Martín y esa misma noche, mientras se estaba quedando dormido, se le ocurrió cómo solucionar semejante error del destino.

A la mañana siguiente, le pidió ayuda a su mamá. Cuando su papá fue con las mellizas a la plaza, buscaron en Facebook a Julio Trejo. No encontraron a Julio Trejo, pero sí a un Tomás Trejo que tenía la edad de Martín y le escribieron preguntándole si conocía a un Julio Trejo que había nacido en el barrio de la Paternal en 1969. ¡Tomás Trejo era el hijo de Julio Trejo! La mamá de Martín le dio permiso para chatear con Tomás y los chicos empezaron a hablar. Tomás le contó que su papá hablaba mucho del papá de Martín y de las observaciones astronómicas en las que soñaban con descubrir nuevos planetas habitados por seres fucsias de siete ojos y ocho manos.

Y charla va, charla viene, Martín y Tomás (que se entendían muy pero muy bien) planearon un encuentro sorpresa entre sus padres. ¿Dónde sería? En el mejor lugar para dos adoradores del espacio: ¡En el planetario!

Entraron al sitio web y eligieron uno de los espectáculos que ofrecía el Planetario Galileo Galilei, "Viaje a las estrellas". ¡Mejor nombre imposible! Con la complicidad de sus madres, los chicos pidieron a sus padres que los llevaran el sábado a ver el espectáculo. Como no se conocían personalmente, Martín



y Tomás se pusieron de acuerdo en usar una remera naranja para reconocerse fácilmente.

El sábado, Martín y su papá fueron en auto hasta ese hermoso hongo gigante que parece traído desde el espacio hasta los bosques de Palermo. ¡Y qué tiernos y simpáticos eran los gansos y patos que estaban en el lago!

Cuando entraron, el papá de Martín le estaba explicando que Galileo Galilei fue un gran astrónomo italiano del Renacimiento que mejoró el telescopio de tal manera que hizo posible observar cosas que antes no se podía. Fue el primero en ver los anillos de Saturno... ¡Julio Trejo! ¡Qué sorpresa! Los amigos se abrazaron muy contentos de verse nuevamente y los chicos se rieron. Cuando se enteraron de que todo había sido tramado por sus hijos, casi se mueren de la emoción.

La función fue como viajar por el tiempo y el espacio. ¡Qué vértigo darse cuenta de la enormidad del cosmos!

Cuando salieron, a Julio se le ocurrió una idea genial. Fueron hasta el lago grande y alquilaron botes a pedal. ¡Cómo se divertieron! ¡Parecían cuatro niños!

A la hora de despedirse, el papá de Martín hizo una invitación que les encantó a todos. El sábado siguiente, se encontrarían a la tardecita para participar de las observaciones nocturnas de planetas, estrellas, nebulosas y cúmulos estelares que ofrece los sábados y domingos el Planetario Galileo Galilei de la ciudad de Buenos Aires.



## TANGO VS ROCK

Ezequiel vivía para el rock. Al menos desde ese año. La música en general le gustaba desde siempre, era una de sus materias favoritas en el colegio, se sacaba buenas notas y la maestra lo ponía adelante en el coro porque cantaba bastante bien. Incluso recordaba que, cuando era chico y su papá ponía la radio, él jugaba a inventar historias en su cabeza al ritmo de las canciones que sonaban. Pero hasta entonces la música era una cosa más entre tantas otras que le gustaban, como dibujar, ir al cine o jugar a la pelota. La diferencia era que ahora el rock estaba muy por encima de todos sus otros intereses. Había empezado con un disco de Queen que le pasó Ernesto, su primo mayor, luego comenzó a revisar los cds de su papá y descubrió a *Los Beatles*, a *Los Rolling Stones*, Almendra, Spinetta, Charly Garcia, Soda Stereo y ya no paró. Tan entusiasmado estaba que para su cumpleaños consiguió que le regalaran una guitarra eléctrica y se la pasaba todo el día tratando de aprender a tocarla. Su cuarto se llenó de posters de bandas y forró la carpeta del colegio con fotos de los mejores guitarristas del mundo. Todas sus remeras pasaron a ser de grupos de rock. Es que del rock le gustaba todo: la música por supuesto, pero también la historia, las tapas de los discos, los personajes. Casi se podría decir que estudiaba el rock como si fuera una ciencia y así empezó a saber cosas como que Eric Clapton había tocado en tal tema de *Los*

*Beatles* o que Luis Alberto Spinetta y Charly Garcia habían compuesto una canción juntos. Tan grande era su entusiasmo que se lo pasó a algunos compañeros de colegio, especialmente a Mario y Teo, sus mejores amigos, y decidieron que entre los tres iban a tener una banda de rock. Quedaron en juntarse los domingos, pero cuando iban a hacer la primera juntada sucedió que...

—Ezequiel, vamos a tener que turnarnos para cuidar a Don Manuel, el pobre se quebró la pierna y necesita ayuda. A vos te toca el domingo— dijo su mamá la mañana del jueves.

—¡¿Qué?!— respondió Ezequiel enojado— ¡Tengo ensayo con mi banda!

—Lo lamento, ensayarán en otro momento.

—Pero... encima don Manuel no es mi...

Y Ezequiel no siguió hablando porque vio la cara de enojo de su madre por lo que iba a decir. Don Manuel era el esposo de su abuela. El verdadero abuelo de Ezequiel había fallecido hacía mucho y su abuela, Eugenia, se había vuelto a casar, ya de muy grande, con don Manuel. O sea que don Manuel no era familiar biológico de Ezequiel, eso es lo que había estado a punto de decir.

Llegó el domingo y Ezequiel, protestando, fue a la casa de su abuela. Ella lo recibió con un gran beso, le agradeció que se quedara un par de horas mientras ella iba a hacer las compras. Don Manuel estaba sentado en el comedor con la pierna enyesada en alto. Al principio se quedaron los dos

en silencio, un poco incómodos y sin saber qué decir. Don Manuel fue el primero en hablar.

—Gracias por venir a pasar un rato conmigo. Contame algo de vos ¿Qué cosas te gustan?

—¿A mí?... La música

—Bien, eso es algo que compartimos... Esto es lo que a mí me gusta ¿Escuchás?

Don Manuel subió el volumen de la radio que tenía al lado.

—¿Qué es?— preguntó Ezequiel.

—Es la 2x4, la radio de tango ¿Te gusta el tango?



—No sé, no conozco mucho.

—Abrí la puerta izquierda del armario y traeme lo que hay ahí.

Ezequiel fue hasta al armario con bastante curiosidad y al abrirlo encontró ¡una guitarra! Una guitarra española con cuerdas de *nylon*. Con mucho cuidado se la llevó a Don Manuel, que enseguida se puso a tocar y cantar una canción.

—¡Yo esa canción la conozco!— dijo Ezequiel— ¡Está en un disco de Spinetta!

—¿Ah, sí?— respondió Don Manuel— se llama "Grisel" y es uno de los tangos más lindos que hay.

Al domingo siguiente no hizo falta que nadie le ordenase a Ezequiel que cuidara a don Manuel: él solo se ofreció. Es que ahora tenían algo en común, los dos eran guitarristas. Ese mismo domingo, lo acompañó en su primera salida fuera de la casa, porque a pesar del yeso, don Manuel tenía muchas ganas de ver un poco el sol. Dieron una vuelta por el barrio en el que los dos se habían criado, el barrio de Boedo y descubrieron que tenían otra cosa en común: Además de la guitarra, los dos eran hinchas de San Lorenzo, por supuesto. Cuando pasaron por la esquina de las avenidas San Juan y Boedo, don Manuel le señaló un hermoso local.

—Acá nos conocimos con tu abuela

—¿Acá? ¿En el Homero Manzi?— preguntó Ezequiel— Yo conozco este lugar, acá se baila tango y hacen unos tostados

riquísimos. Cuando salimos con mi papá a la tarde solemos venir ¿La abuela baila tango?

—¿Qué si tu abuela baila tango? Claro que baila ¡Y cómo! Es la mejor pareja que he tenido, y mirá que tuve muchas. Cuando tu abuela y yo éramos jóvenes, todo el mundo bailaba tango. El barrio de Boedo es uno de los más tangueros de la ciudad. Aunque ahora el tango también tiene lo suyo. Se organizan festivales, hay milongas en las plazas... ¡Hasta existe un Mundial de Tango donde viene gente de todo el mundo a participar!

El resto de la tarde don Manuel le contó a Ezequiel historias geniales de cantantes, guitarristas y compositores de tango que habían ocurrido en su mismo barrio ¡Y a pocas cuadras de su casa! Hasta le cantó una estrofa de un tango llamado "Boedo".

Desde entonces, Ezequiel no tuvo ningún problema en ir a lo de don Manuel e incluso cuando su pierna mejoró, siguió yendo: ahora era su profesor de guitarra. Y un excelente profesor, porque con él Ezequiel aprendió a tocar muchas de sus canciones favoritas de rock y algunos tangos que también le gustaban mucho.

Y cuando fue el cumpleaños de don Manuel, le hizo un regalo que disfrutó como ningún otro. Llamó a la Radio 2x4, a la hora que seguro estaba escuchando, y pidió que el siguiente tango se lo dedicaran a don Manuel: el mejor guitarrista de todo Boedo.



## FRAMBUELA

Todos los jueves después del colegio, Ema iba a la casa de su bisabuela Francesca y pasaba toda la tarde con ella. Al salir de la escuela, se despedía rápido de todos sus amigos y tomaba un colectivo blanco, celeste y rojo que la dejaba a tres cuadras. Durante el viaje leía un rato o jugaba a imaginar la vida de las personas que viajaban en el colectivo. "Ese señor debe ser un gran titiritero y tener dos hijos mellizos pelirrojos llenos de pecas. Aquella chica seguro que estudia medicina y está enamorada de un profesor. Por eso suspira". Y así, entre cuentos y vidas imaginarias, llegaba la hora de bajar. Su mamá le había repetido siete millones novecientos treinta y ocho veces que, cuando veía el gran puente que cruzaba el Riachuelo, tenía que hiper concentrarse porque ya estaba a punto de bajar. ¡Qué felicidad sentía al ver a su bisabuela! Francesca siempre la esperaba en la parada, aunque Ema había cumplido nada más ni nada menos que catorce años. Bisnieta y bisabuela se abrazaban como si no se vieran hace diez años, en lugar de una semana, y caminaban de la mano por las coloridas calles de La Boca. Ema no se cansaba de admirar esas calles típicas de Buenos Aires y repetir: ¡Esto es un festival de colores para los ojos! ¡Hasta los faroles que alumbran las calles son diferentes acá, Frambuela! (Así había bautizado Ema cariñosamente a su bisabuela).

Cuando llegaban a la casa de Francesca, Ema corría a lavarse las manos para sentarse lo antes posible a la mesa y saborear

alguno de los manjares ítalo-argentinos que cocinaba su bisabuela. Su preferido eran los tallarines con pesto. Su bisabuela siempre le decía que le iba a doler la panza si no comía más despacio, pero no servía de mucho porque todos conocemos el hambre de elefante que tenemos al salir de la escuela.

Después de almorzar, Ema hacía la tarea y el resto de la tarde se sentaban las dos en el jardín a charlar y tomar mate, si



era verano, o miraban alguna película de los años cincuenta cerquita de la estufa en invierno. A eso de las siete, pasaba su papá a buscarla y se iban juntos en el auto.

Un día, al sentarse a la mesa, Ema encontró un plato que nunca había preparado su bisabuela, al menos para ella.

—¿Qué cocinaste, Frambuela?— preguntó la mujercita.

—*Bagna Cauda*, un plato típico del *Piemonte* italiano donde nació mi mamá. ¡Pero esta no es una *Bagna Cauda* como la que hacía ella en esta misma cocina! Le falta lo más rico de todo: cardos— respondió nostálgica Francesca.

—¡Pero estás chiflada, Frambuela! ¡Cómo vas a comer cardos! ¡Te va a quedar la lengua como un colador!— exclamó.

—Eminencia—así llamaba a veces a Ema cariñosamente—, son cardos comestibles, parecidos a los alcauciles, y se los cocina para que queden blanditos. Ya no se consiguen. Lo que daría por comer algunos...

Desde ese día una idea empezó a revolotear en la cabeza de Ema: regalarle a su bisabuela un ramo de cardos para su cumpleaños número 85, que era dentro de unos meses. ¡Era el regalo perfecto! Frambuela iba a apreciar ese extraño manjar más que cualquier otro regalo. En las horas de Matemáticas o Historia, se imaginaba la cara de su bisabuela al verlo y los profesores le decían:

—¡Ema, otra vez en la luna!

Sin embargo, no era una tarea fácil. No había cardos por ningún lado. Algunos verduleros le habían dicho que tal vez

podía conseguirlos en la provincia de Buenos Aires, pero ella quería que fuera una sorpresa no solo para su bisabuela, sino también para el resto de la familia y entonces no podía pedirle a ningún adulto que la acompañara. La fecha se acercaba y los cardos no aparecían. Estaba a punto de perder las esperanzas cuando de casualidad escuchó algo en el noticiero que estaban viendo sus papás. El Jardín Botánico, a pocas cuadras de su casa, tenía una huerta educativa. ¡No todo estaba perdido!

Averiguó los horarios de los talleres (¡qué eran gratuitos!) y el sábado siguiente le pidió a su mamá que la acompañara sin revelarle sus planes secretos. ¡Cómo se sorprendió al llegar! Era precioso. Plantas de todo tipo y estatuas de lo más extrañas entre el canto de los pajaritos. La profesora del taller era una chica muy simpática que se llamaba Tatiana. Ema le contó su problema. Tatiana le respondió que iba a hacer lo posible por ayudarla y la invitó a participar de la clase. Nunca hubiera imaginado que podía ser tan interesante tener una huerta. Ni siquiera había pensado en esa posibilidad. Tatiana explicó que no era necesario tener un gran jardín, se podía plantar tomates o albahaca en una maceta. Incluso en algunos barrios los vecinos se organizan y hacen huertas en espacios comunes para autoabastecerse de alimentos frescos y sin productos químicos.

La semana siguiente, Ema volvió al Jardín Botánico. Esta vez quedó fascinada por las fuentes con plantas acuáticas que justo estaban en flor. ¡Y ella que creía que solo había plantas en la tierra! Tatiana le contó que había hablado con una ami-



ga que vivía en San Antonio de Areco y, ¡sí!, iba a conseguir cardos. Incluso iba a incorporarlos en la huerta del botánico para que más gente supiera cómo plantarlos y cuidarlos.

Finalmente llegó el día del cumpleaños y Francesca recibió un montón de regalos preciosos. Primero, los padres de Ema le regalaron una colección de películas italianas. Después, los tíos la sorprendieron con un libro de fotos antiguas de La Boca. Su prima Andrea le dio una bufanda que había tejido con sus propias manos y sus abuelos rompieron el chanchito para comprarle un nuevo equipo de música. Cuando llegó el turno de Ema, le entregó una caja envuelta en papel azul. La abuela la abrió y sacó lo que había adentro. Toda la familia quedó boquiabierta al ver un enorme ramo de cardos, excepto Frambuela que soltó una carcajada al mismo tiempo que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Como no podía ser de otra manera, al día siguiente toda la familia fue a comer una *Bagna Cauda* igualita a la que cocinaba la mamá de Francesca setenta años atrás en esa cocina de La Boca.

Cuando todos se habían ido, Francesca se sentó al aire libre a disfrutar del atardecer. Se estaba por quedar dormida en la silla, cuando uno de los pajaritos del Jardín Botánico se acercó y le murmuró al oído:

—Ema está pensando en inscribirse en la escuela de jardinería que funciona ahí, cuando termine el colegio.

## UN HUESO DE DINOSAURIO

Todo comenzó una tarde en que me encontraba en casa tomando la merienda. De repente oí fuertes golpes en la puerta. Supe inmediatamente quién era: Rubinetti. Rubinetti es mi vecino y mejor amigo, se llama Edgardo pero todo el mundo lo llama por el apellido, Rubinetti. Le abrí y no me encontré al Rubinetti de todos los días, con sus rulos revueltos y su cara de estar espiando algo. No, este era un Rubinetti distinto, muy nervioso y mirando hacia todos lados.

—Mario... no sabes lo que encontré... — dijo.

—¿Qué?— pregunté.

—Un hueso de esqueleto de dinosaurio.

—¿Un hueso de dinosaurio? ¿Dónde?

—En la plaza...

—¿En la plaza?

—Sí, debajo del tobogán...

Era un lindo día y no había nada en la tele, así que nos fuimos a la plaza. Antes de llegar, pasamos por la casa de Wilson, otro amigo y vecino, que es uruguayo. Se llama Wilson Bianchi. Llegamos a la plaza y fuimos derecho al tobogán. Y allí estaba el hueso misterioso: saliendo de la tierra, apenas visible y de color blanco, parecía un largo dedo. Lo tomé con mis manos y noté la primera cualidad extraña de

este descubrimiento: el hueso era blando y se doblaba con facilidad, cosa que ningún hueso hace.

—Esto no es un hueso— dije.

—¿Por qué no?— me respondió enojado Rubinetti.

—Es muy blando, casi elástico.

—Sí, lo noté. Para mí se trata de un tipo de hueso desconocido, el esqueleto de un animal nunca antes encontrado que tenía la capacidad de ser muy flexible.



Era un buen punto. Además, con sus ojos desorbitados y sus manos moviéndose de un lado a otro, Rubinetti puede ser muy convincente cuando quiere.

Los tres dedicamos toda nuestra atención al tema. A Wilson se le ocurrió que si el hueso era de dinosaurio, tenía que haber más huesos en otras partes, porque los dinosaurios son muy grandes. Para poder llevar adelante la investigación, decidimos asesorarnos. Sabíamos que cerca estaba el Museo de Ciencias Naturales, porque muchas veces habíamos pasado tardes allí mirando los dinosaurios gigantes. Pensamos que, además de asesorarnos, tal vez ¡hasta nos contrataban como investigadores!

Al día siguiente fuimos al museo y fue genial. Había un montón de cosas increíbles. La sala que más nos gustó fue una que se llamaba “Buenos Aires un millón de años atrás” ¡Sí, nuestra ciudad, el mismo lugar por el que caminamos todos los días pero hace un millón de años! Es sorprendente ver todas las cosas que los investigadores encontraron buscando bajo nuestros pies ¿Lo mejor de todo? ¡El gliptodonte! Un animal muy raro que hoy está extinguido y que, al igual que nosotros, ¡vivió en Buenos Aires!, pero hace un millón de años, por supuesto. Wilson dijo que le hubiera gustado tenerlo de mascota, pero lo decía para hacerse el canchero, a mí me daría cosita tener un dinosaurio de mascota. Además ya tengo un gato y sería un problema.

En el Museo de Ciencias Naturales hay muchísimos huesos de todos los tamaños y épocas, pero por más que pregunta-





mos no encontramos ninguno que fuera súper flexible como el de la plaza. Parece que por más antiguos que sean los huesos siempre son huesos y no existió ningún dinosaurio con poderes parecidos a los del hombre elástico como creía Rubinetti. Yo le dije que me parecía raro.

Con todo lo que habíamos aprendido en el museo, volvimos a la plaza a ver de cerca el supuesto hueso de dinosaurio y, si bien tenía la forma de un dedo, o eso habíamos imaginado al menos, no era un hueso ¡Era una raíz! Claro, eso era mucho más lógico. Decidimos que al día siguiente iríamos al Jardín Botánico, donde hay un montón de plantas e información sobre el mundo vegetal. Quizás ahí terminemos de descubrir qué es en realidad nuestro misterioso ex hueso de dinosaurio.

## DAMA ANTIGUA

A Dante, le gustaba el fútbol más que nada en el mundo. Cuando jugaba San Lorenzo era como si dejara de girar la Tierra. A Manuela, le apasionaba la danza clásica. Iba a clases de ballet tres veces por semana y en su cuarto tenía una foto enorme del Teatro Colón. Rafael estaba convencido de que los extraterrestres llegarían en cualquier momento a nuestro planeta y guardaba bajo llave todas las revistas de divulgación científica que hablaran de ese tema. Para Valentín no había en todo el Universo nada más interesante que la vida acuática. Su pez preferido era la mantarraya. Pero el protagonista de esta historia no es ninguno de ellos. La protagonista de este cuento se llama Bárbara ¿Y qué creen que le gustaba a Bárbara? No, no le interesaban ni las canciones de Justin Bieber ni las aventuras de un joven mago en un internado inglés. Lo que a ella le fascinaba, le encantaba, la apasionaba, aunque suene un poco raro, era la vida en la Buenos Aires del mil ochocientos. Para ella, cuando la maestra hablaba de las invasiones inglesas o del 9 de Julio era una fiesta. ¿Extraño no?

¡Ojo! No crean que Barbarita era un bicho raro. También le encantaba jugar con Dante, Manuela, Rafael y Valentín, sus compañeros de sexto grado "B", meterse en el agua, comer chocolate, acariciar cachorritos y esas cosas que nos gustan a todos. Su vida era como la de muchos chicos y chicas de su edad. Iba a la escuela, hacía la tarea, miraba la tele, de jueves a sábado dormía, junto con su hermanito Pedro, en la casa de su papá y el resto de los días en lo de su mamá.



Bárbara era una niña muy feliz. Hasta que un jueves, que parecía igual a todos los jueves, su papá les contó a ella y a Pedro que tenía una novia. Bárbara casi se cae de la silla. ¡Ella no pensaba compartir a su papá con ninguna intrusa! Seguro que era fea, con el pelo verde, que usaba tapados de piel como Cruela de Vil y era la mejor amiga de Valdemort. ¿Qué hechizo le habría hecho la malvada a su adorado padre?

Inútilmente, su amiga Manuela le repetía en los recreos que sus papás también estaban divorciados y tenían nuevos novios y que la nueva novia de su papá era una genia que le enseñaba a tocar la guitarra y que el nuevo novio de su mamá tenía una súper colección de historietas que le dejaba leer:

—Barbi, no tenés que juzgar a la gente antes de conocerla—, le decía Manuela a su amiga. Pero no había caso. Su mamá también le aseguraba que iba a llevarse una sorpre-

sa. Hasta su tía Eugenia, que siempre la entendía en todo, opinaba que debía ser más comprensiva. Su amada tía Eugenia, que le decía en chiste que en otra vida había sido Mariquita Sánchez de Thompson<sup>1</sup> y que la había llevado de campamento a la playa, también defendía a esa bruja.

Los días después de haber recibido la noticia, Bárbara estuvo de tan mal humor que sin querer rompió su taza favorita, guardó un marcador mal tapado en la mochila y le puso azúcar a las papas fritas. Ni les cuento lo que fue el día en que conocería a la “bruja”. Su papá los pasó a buscar y les dijo que Carolina (así se llamaba la malvada) tenía un plan sorpresa para ellos. Bárbara, que le había prometido a su mamá y a su tía que no iba a ser mal educada ni desconsiderada, no dijo ni “mu”. A eso de las seis, llegó Carolina (que no tenía pelo verde ni usaba tapados de piel) y les anunció que los llevaría a un museo. “¡Qué poco original! ¡Ya vi millones de cuadros yo!”, pensó Barbi.

El plan era ir hacia el norte de la ciudad, al Museo Histórico Cornelio Saavedra<sup>2</sup>. “¡Para qué irnos a la otra punta de la ciudad! ¡Qué poco práctico!”, se dijo a sí misma nuestra protagonista.

<sup>1</sup> Por si justo faltaron a la escuela el día que explicaron quién era Mariquita Sánchez de Thompson, les cuento que fue una gran patriota argentina. En su casa se entonó por primera vez el himno nacional argentino.

<sup>2</sup> Les paso la dirección del museo por si les interesa: Crisólogo Larralde 6309. Queda en un hermoso parque así que, si van, pueden aprovechar y hacer un pic nic.

Cuando entró al museo, Bárbara casi se cae de espaldas. ¡Era un museo que mostraba cómo era la vida en el 1800! Había enormes peinetas, vestidos con miriñaque, harpas antiguas, cañones de defensa ¡Y hasta un juego de sillones que había pertenecido a la mismísima Mariquita Sánchez de Thompson! “¿Cómo nadie me había traído antes?”, se interrogó Barbi.

Al terminar la visita, subieron al auto y Carolina les preguntó si les gustaría ir a uno de los cafés más típicos de Buenos Aires. Se llamaba La Giralda y era famoso por su chocolate con churros. Quedaba en la calle Corrientes o “la calle que nunca duerme”, como había dicho Carolina. Llegaron hambrientos y se sentaron en una mesa junto a la ventana. A Barbi le encantó ese bar con mesas de mármol y madera y piso blanco y negro, ¡se sentía en otra época! Mientras esperaban que llegara lo que habían pedido, Caro les contó que el bar había sido fundado en 1951 y que hacía un tiempo había sido declarado “bar notable” porque era un lugar muy importante para nuestra ciudad. Por suerte, la merienda no tardó mucho. ¡A los cuatro les hacía ruido la panza! Después de comer un delicioso churro relleno de dulce de leche, Barbi tomó un sorbo de chocolate caliente y en ese instante sucedió algo maravilloso: se dio cuenta de que se había equivocado al juzgar a Carolina sin conocerla. ¡Cuántas cosas podría enseñarle Carolina! ¡A cuántos lugares hermosos la llevaría!<sup>3</sup>

<sup>3</sup> ¿Les gustaría saber qué hicieron el fin de semana siguiente? Fueron a almorzar al barrio chino y después al Museo Larreta, un museo de arte español que queda muy cerca. En el jardín del museo (que es una preciosura) se sacaron fotos haciendo morisquetas.



## LA GRAN CARRERA

Cuando pusieron la bisisenda en la cuadra en la que vivía Julián, él se puso muy contento: nada le gustaba más que andar en bici. Y cuando se dio cuenta de que la bisisenda seguía desde su casa derecho hasta la esquina, luego doblaba hacia la derecha y continuaba por el parque para después seguir por la calle cortada, supo lo que tenía que hacer: jugarle una carrera a Marcelo. Marcelo era su vecino, compañero de colegio y amigo de toda la vida (en realidad eran amigos desde hacía tres años, cuando Marcelo se había mudado al barrio, pero a Julián le costaba recordar más de tres años para atrás, así que para él habían estado juntos toda la vida). Además del colegio y vivir cerca, los dos compartían el amor por las bicicletas y el problema de no poder andar todo lo que querían porque las calles estaban siempre llenas de autos y sus padres los dejaban andar solo por lugares muy seguros. Julián y Marcelo siempre habían querido jugar una gran carrera de bicicletas. Era la única manera de resolver una gran duda que tenían: cuál de los dos era más rápido. Julián estaba seguro de que el más rápido andando en bici era él y Marcelo estaba seguro de exactamente lo contrario. Así que lo de la bisisenda era genial, porque ahora tenían toda la cuadra más la vuelta entera al parque y el final en la calle cortada, para poder andar sin que los autos los molestasen.

El domingo siguiente los dos estaban listos en el lugar elegido para la largada —la puerta de la casa de Julián— con sus bicis y los cascos puestos.

—Llegó el momento de la gran carrera— dijo Julián.

—¡Sí! La gran carrera va empezar— respondió Marcelo.

—Pero antes es necesario aclarar bien las reglas...

—Por supuesto...

—Vamos a ir derecho desde la puerta de mi casa— explicó Julián —luego vamos a seguir por la bisisenda atravesando el parque para terminar en la calle cortada. El que llegue primero a la meta, gana.

—¡Muy bien!— respondió Marcelo —¿Y si se cruza un perro? ¿Y si es un perro de esos que persiguen ruedas? ¿Detenemos la carrera?

—No, si alguno de los dos es perseguido por un perro de los que muerden ruedas, entonces hay que espantarlo con la piedad diciendo bien alto "¡fuera, fuera!". Eso siempre funciona. A mí, si me ataca un perro, me defiendo con un pie y con el otro pedaleo más y más fuerte hasta dejarlo bien atrás. Yo ando en bici mucho más rápido que un perro— dijo Julián.

—¡Yo también!— dijo Marcelo—, más rápido que un perro o una persona corriendo. Ando más rápido que un caballo si quiero.

—Mirá que los caballos andan rápido ¿eh?... Yo una vez le gané a una moto.

—¡Mentira!

—No, en serio, lo que pasa es que la moto no estaba yendo a su máxima velocidad, pero le gané— explicó Julián.



—Bueno, para que no haya accidentes no tenemos que ir más rápido que una moto— propuso Marcelo.

Julián estuvo de acuerdo.

—Eso: no vale ir más rápido que una moto.

—¿Y si hay algo que esquivar en el camino? ¿Un obstáculo?

—Yo lo salto si quiero, puedo saltar muy alto con la bici.

—Yo también, pero no saltemos muy alto así nos concentramos en correr. Es una carrera.

Julián estuvo de acuerdo de nuevo.

—Eso: no vale saltar muy alto.

—Y tampoco vale andar sin manos, pegar vueltas en el aire, pararse sobre la bici o andar en una sola rueda, todas cosas que yo puedo hacer pero mejor no, si no, no es una carrera.

—Eso: no vale dar vueltas por el aire, ni pararse sobre la bici, ni andar en una sola rueda.

Julián y Marcelo siguieron un buen rato planeando todo lo que harían en la gran carrera, pero no se animaban a arrancar de una vez. Entonces vieron que salía de su casa Agustina, una vecina muy buena y muy viejita, que usaba un bastón que la ayuda a caminar. Agustina cruzó la calle. En ese momento los chicos se dieron cuenta de que, si hubieran largado la carrera un minuto antes, podían haber lastimado a doña Agustina o al menos haberla asustado.

—Imaginate si nos llevábamos puesta a doña Agustina— dijo Julián.

—O si le lastimábamos la otra pierna... Mamá me mata— respondió Marcelo.

Muy serios los dos se dieron la mano.

—Por el bien de los vecinos, no vamos a poder jugar la gran carrera— dijo Julián.

—Es un empate— respondió Marcelo.



Y de esa manera Marcelo y Julián, que estaban seguros de que podían ser más rápidos que un caballo y quizás que una moto, se dieron cuenta que también eran demasiado rápidos para estar jugando carreras en las bicisendas y que podían poner en riesgo a los demás.

Unos meses después, cuando averiguaron que en el Circuito KDT sí era posible y estaba permitido, la gran carrera se llevó a cabo ¿Quién habrá ganado?

## LA IGNORANCIA DE "C"

Escuela Técnica N° 5, M. de los Remedios de Escalada de San Martín, D.E. N° 11.

Integrantes del grupo: Scarano, José Carmelo | Ocsa Ávalos, Leonel | Chávez Illanes, Lourdes Alejandra | Romero Andia, María Belén | Guzmán, Micaela Soledad | Velazco, Norberto.

### Primer premio. Concurso "Mi factura, por favor" 2012.

Carlos era un chico adolescente que vivía con su mamá en la ciudad de Buenos Aires. Estudiaba en una escuela técnica, a la que le daba poca importancia. Lo que más le gustaba hacer era jugar al fútbol con sus amigos en un parque cerca de su escuela. Uno de esos amigos era Franco, con el que había hecho toda la primaria. A ellos dos no les gustaba mucho la escuela y varias veces se escapan de ella, o sea que iban pero no ingresaban, preferían ir al parque a jugar al fútbol.

En la escuela, los dos amigos armaron un grupo para hacer un trabajo práctico. Esa tarde, Carlos, que estaba muy aburrido, decidió empezar el trabajo. Cuando había agarrado el lápiz sonó el timbre de la puerta y era Franco con una nueva pelota en sus manos.

—¡Che Carlos, vamos a patear la pelota un rato al parque!— dijo Franco.

Carlos se olvidó completamente del trabajo y se fue con sus amigos. De pronto, se hizo de noche. Cuando Carlos entraba a su casa, su mamá le dijo:



—¿Vos no tenías que hacer un trabajo para el colegio con Franco?

—Descuidá, mamá. Carmen me lo va a pasar, ella es muy buena— respondió Carlos.

—Pero al pasártelo ella te está haciendo un daño, porque después vos no aprendés nada— dijo su madre.

Y Carlos subió a dormir.

Al día siguiente, Carlos, ya enojado por saber que había reprobado en otra materia, le pidió el trabajo a Carmen de una manera muy poco amable, que hizo que ella le gritara que siempre le pasaba todo y no tenía por qué tratarla así.

Más tarde en su banco, Carlos reflexionó sobre el enojo de Carmen. Ella se había tomado el tiempo de hacer el trabajo en su casa y él venía lo más tranqui a copiarlo. No era justo, pensó. Luego de ese pensamiento fue y se disculpó con Carmen.

A Carlos le preocupaba que su mamá lo mandara a estudiar a la casa de su tía, que era profesora particular, ya que allá no la pasaba bien. Y no se equivocaba, allá fue. Cuando estaba en casa de su tía, ella lo mandó a comprar leche, chocolate y galletitas para merendar. Él fue al almacén de enfrente, que era uno de los pocos que discriminaban el I.V.A, y cuando fue a pagar el comerciante le dijo:

—Son \$20.

—¿Por qué? La cuenta es de \$15,80— dijo Carlos confundido.

—Porque en esa cuenta no está el I.V.A.

—¿No está qué?— preguntó Carlos.

—El IVA— reiteró el comerciante.

—¡Yo no voy a pagar eso, es un robo!— afirmó Carlos.

Y cuando salía del almacén tuvo la mala suerte de que un auto que pasaba no lo vio cruzar y lo atropelló.

Despertó en el hospital con su mamá y su tía. Su mamá estaba contenta de que se despertara y le preguntó qué le había pasado.

Carlos le contó todo y le dijo que el comerciante le había querido cobrar un recargo a la compra, que salió frustrado y no había visto que venía un auto.

—No, hijo, lo que te quería cobrar era el I.V.A, que es el Impuesto al Valor Agregado. Se paga en todas las cosas, sólo que vos no lo veías porque en algunos negocios está NO DISCRIMINADO y en ese negocio el I.V.A está DISCRIMINADO del precio total— dijo su madre.

—¡No, mamá! El comerciante me quería cobrar ese I.V.A para tener más ganancia.

—¡Por favor, hijo! Tomá conciencia. El I.V.A hay que pagarlo para que el Estado nos pueda dar todas las cosas que nos brinda. Por ejemplo, la escuela es un lugar de educación gratuita y no se paga, eso te lo da el Estado. Estos hospitales a los que vas a venir a hacer las consultas necesarias por el accidente son gratuitos, esto también lo da el Estado. Los parques a los que vas a jugar a la pelota los mantiene y conserva el Estado. Y todos los impuestos con los que contribuimos





hacen que el Estado pueda brindarnos todas las cosas que nos da, ¿entendiste?

—Sí, ¿pero si simplemente no pagamos los impuestos?

—Si vos hacés eso y disfrutás de todas las cosas que nos da el Estado estás robándole, y así nunca podremos progresar y ser un país mejor.

Ya restablecido, Carlos volvió al colegio. Y Carmen lo recibió con la noticia de que lo había incluido en el trabajo. Cuando el profesor entró, felicitó al grupo por el trabajo. Pero Carlos decidió ser buen "C". Le dijo al profesor la verdad, y le pidió la oportunidad de entregar su propio trabajo la próxima clase.

MORALEJA: No esperemos como Carlos a tener un accidente para ser un mejor "C": Compañero, Ciudadano, Contribuyente, Comprometido.

## LA UNIÓN HACE LA FUERZA

Escuela Técnica N° 16, España, D.E. N° 17.

Integrantes del grupo: D'Angelo, Ximena | López, Érica | Siguen, Roberto | Casas, Alan | Cupolo, Florencia | Núñez, Matías.

**Segundo premio. Concurso "Mi factura, por favor" 2012.**

Martín se levantaba como todos los días con un beso de su madre, se vestía con la ropa remendada y desayunaba una rodaja de pan casi dura y un mate cocido.

Mientras que el padre se levantaba, su madre vestía a su hermanito de seis años.

Martín era un excelente alumno a pesar de su situación.

En el colegio le enseñaban todo sobre sociedades y la vida de un empresario y cómo serían las obligaciones de un adulto, le decían también que tendrían que pagar impuestos y colaborar con el Estado. Como no todos prestaban atención, respondían que sí como loros, hasta que un día Martín levantó la mano y se dirigió a la profesora:

—¡Profesora, no estoy de acuerdo con lo que dice...!— dijo en voz alta y un poco enojado.

—¿Cómo dijo señor López?— respondió su profesora un tanto desconcertada por la respuesta de su alumno.

—¡Que no estoy de acuerdo con lo que dice respecto a los impuestos!— volvió a repetir el chico.

—¿Por qué no está de acuerdo? ¿Acaso usted no nota los beneficios que obtiene su familia, su colegio, su sociedad si se pagan los impuestos?— dijo su profesora.

Martín se quedó callado un momento y con la cabeza gacha; sus compañeros Cristian y Franco le preguntaron si estaba bien porque se había quedado sin palabras y él les respondió con un ligero movimiento de cabeza que sí.

En todo el colegio se escuchó el timbre que anunciaba la finalización de clases, se veía como el patio que estaba desierto comenzó a llenarse de chicos ansiosos por el regreso a casa.

Al día siguiente les tocaba otra vez la clase con la profesora de empresas, al ingresar al aula y luego de saludar a sus alumnos se dirigió a Martín y le dijo:

-Alumno López me quede muy sorprendida ayer por su respuesta. ¿Me querría explicar por qué esa actitud?

Martín la miró, tomó fuerzas y respondió:

-Profesora, discúlpeme por haberme exaltado ayer y por haber respondido de esa manera, no era mi intención pero creía que usted estaba equivocada con lo que decía...

Martín tragó saliva y agregó:

-Yo creo que por más que todos paguemos los impuestos, en el país la situación va a seguir siendo igual, me refiero a



que los hospitales van a seguir igual, los sectores públicos, la seguridad, nada va a cambiar.

A medida que hablaba, la voz se le transformaba y sentía muchas ganas de llorar ya que era un chico muy sensible y humilde. Al rato agregó:

-Además no todos los pagan. ¿Por qué lo tendríamos que hacer si nada va a cambiar?

La profesora se acercó a él y le dijo con mucha sinceridad:

-Tal vez ahora no lo notes porque todavía sos un poco chico, pero si todos ponemos un poco de nosotros y aportamos al Estado, vamos a darles a ustedes, los jóvenes, herramientas y un mejor lugar para que cambien el futuro.

Luego agregó:

-Además no solo es aportar por obligación, sino para sentirse bien. Si cada familia aporta y luego se van sumando y sumando más personas vamos a conseguirlo antes de lo que pensás.

Martín se quedó boquiabierto por la respuesta de su profesora y entendió que si todos ponen su granito de arena van a lograr un mejor lugar para vivir, ya que todo lo que vemos, como las plazas, los monumentos, los edificios municipales, todo es mantenido gracias a los aportes y a los impuestos pagados por los ciudadanos. Al terminar la clase salió casi corriendo del colegio y con una sonrisa. En su casa, lo primero que hizo fue contarle a su familia todo lo que había hablado con la profesora y entendió que todo es posible si ponemos de nosotros y que si nos unimos podemos lograr un cambio.





